

Volumen

3

CONEXIÓN AMÉRICA LATINA

MÉXICO: FRUSTRACIÓN
DEMOCRÁTICA Y POPULISMO
EN EL GOBIERNO DE
LÓPEZ OBRADOR

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ



Plataforma Democrática (www.plataformademocratica.org) es una iniciativa de la Fundación Fernando Henrique Cardoso y el Centro Edelstein de Investigación Social, dedicada a fortalecer las instituciones y la cultura democrática en América Latina mediante el debate plural de ideas sobre las transformaciones de la sociedad y la política en la región y el mundo.

COLECCIÓN: Conexión América Latina, editada por
Bernardo Sorj y Sergio Fausto

DISEÑO GRÁFICO: Lisia Lemes / Lilemes Comunicação

Copyright © Ediciones Plataforma Democrática
San Pablo: Ediciones Plataforma Democrática, 2022

Jesús Silva-Herzog Márquez, “México: Frustración democrática y populismo en el gobierno de López Obrador”.

San Pablo: Ediciones Plataforma Democrática, 2022.

25 p. (Conexión América Latina)

ISBN: 978-65-87503-18-9

1. Sociología. I. Márquez, Jesús. Título. III. Serie

CDU: 316

CDD: 301

Esta obra puede ser reproducida gratuitamente para fines no comerciales, en su totalidad o en parte, siempre que se indique debidamente la publicación de origen y el autor.



CONEXIÓN **AMÉRICA LATINA**

A large, thin, light gray line drawing of a human head profile facing right, with the brain and nervous system visible inside.



PRESENTACIÓN

En la serie *Conexión América Latina*, publicada por *Plataforma Democrática*, los lectores encontrarán ensayos sobre los cambios políticos, culturales y socioeconómicos que afectan a la calidad de la democracia en América Latina, si no a su propia existencia, ya sea en países específicos, en partes de la región o en la región en su conjunto.

Los textos están dirigidos al público interesado en los caminos y descaminos de América Latina: especialistas, académicos, periodistas, políticos, empresarios, activistas y ciudadanos que buscan comprender mejor los destinos de nuestra región.

MÉXICO: FRUSTRACIÓN DEMOCRÁTICA Y POPULISMO EN EL GOBIERNO DE LÓPEZ OBRADOR

● JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ¹

El gobierno de Andrés Manuel López Obrador representa la ruptura política con el régimen de la transición democrática en México. El arreglo que puso fin a la larga hegemonía autoritaria del Partido Revolucionario Institucional provino de una larga cadena de reformas electorales e institucionales que le abrieron paso al pluralismo y a la descentralización. Tras la Revolución Mexicana, se configuró un sistema de autoritarismo consensual donde el presidente era la cabeza de un partido disciplinado que ocupaba prácticamente todas las plazas de la representación política. Esa hegemonía fue desmontándose poco a poco a base de cambios en las reglas del juego electoral para dar lugar a un sistema de complejos equilibrios y contrapesos donde se alojó, con intensidad, la incertidumbre democrática.

El balance de esas dos décadas de pluralismo es, desde luego, mixto. Por una parte, se expandió la crítica, se descentralizó el poder, revivió una constitución que parecía letra muerta, puso límite a la voluntad presidencial. Por la otra, proliferó la corrupción, aumentó la violencia, el Estado perdió control de franjas del territorio nacional, instituciones cruciales del

1. Profesor de la Escuela de Gobierno y Transformación Pública del Tecnológico de Monterrey.

Estado fueron capturadas por intereses parciales. Poco antes de la elección del 18, los principales intelectuales del país, editores de las revistas más importantes, documentaban el desencanto. La democracia mexicana, decía Héctor Aguilar Camín en mayo del 2018 había sido “el fruto de un inteligente gradualismo reformista.” Había cambiado las cosas y había terminado con el viejo autoritarismo priista. Sin embargo, ese nuevo régimen tuvo consecuencias no buscadas. Produjo fragmentación, alentó la corrupción y el derroche.² Enrique Krauze, por su parte examinaba el “desaliento” de México. Identificaba tres causas de ese abatimiento: corrupción, violencia, impunidad. El pluralismo no había logrado conjurar esos problemas ancestrales y podría argumentarse que incluso los había magnificado.³

Andrés Manuel López Obrador sostuvo como opositor que, en realidad, la transición democrática había sido una farsa. Las elecciones no eran confiables, el Congreso no era independiente, los jueces eran empleados del poder. Convocaba pues, a la transición auténtica. No pensaba en reparar los imperfectos de la democracia, sino tirar un edificio de simulación para levantar un régimen auténticamente democrático. La tala de las instituciones existentes correspondía a su visión histórica: las grandes transformaciones suponen una ruptura y exigen demolición. Solo las ruinas abonan el futuro.

*

La elección de julio del 2018 fue la sacudida electoral más profunda que ha vivido México. El votante mexicano había sido un votante tímido. Cuando descubrió el poder del sufragio lo usó con extrema cautela. Voto para lograr un cambio pero también para sujetar ese cambio. Los electores mexicanos estrenaron el pluralismo a finales del siglo XX formando gobiernos a condición de que fueran minoría. Con voto dividido, imponían moderación o lo que Francis Fukuyama llamaría *vetocracy*. Así fue la política mexicana desde 1997, año en el que el viejo partido hegemónico perdió el control de la Cámara de Diputados. Ese régimen de mutuos bloqueos terminó en 2018 con la victoria de Andrés Manuel López Obrador. Se apostó entonces por la

2. “Nocturno de la democracia mexicana” *Nexos*, mayo de 2016

3. “El desaliento de México,” *Letras libres*, mayo de 2016

opción que ofrecía el cambio más radical. Los electores decidieron darle a la nueva presidencia el respaldo de una mayoría leal. Con ese entusiasmo se restauró, electoralmente, el presidencialismo. En aquella elección se cambió el mapa del poder en México. Los partidos tradicionales quedaron hechos polvo, enfrentando el magnetismo de la nueva mayoría y enfrascados en pleitos de familia. El partido fundado apenas hace unos años por López Obrador tenía el camino despejado.

Con una participación de más del 63%, Andrés Manuel López Obrador obtuvo el 53% de los votos. Encabezaba una extraña coalición de tres partidos. MORENA, (Movimiento de Regeneración Nacional) el partido que había fundado apenas unos años antes, al abandonar las filas del Partido de la Revolución Democrática; el Partido del Trabajo, una organización de una izquierda tan arcaica que respalda el totalitarismo norcoreano; y Encuentro Social, una organización de raíces evangélicas. Era la primera vez, desde 1988 en que un candidato lograba la mayoría absoluta de los votos. El país se pintaba entonces de un solo color, el color de un partido que apenas competía por primera vez por la presidencia de la república. El candidato de MORENA, en efecto, ganó en todos los estados del país, salvo uno de ellos.

En el Congreso, la coalición victoriosa se alzó con mayoría también en el Congreso. 308 diputados de 500, 69 de 128 senadores integraban la coalición “Juntos Haremos Historia.” La aritmética parlamentaria le daba al nuevo presidente un enorme poder, pero también prefiguraba sus restricciones. Tenía, bajo su control, la máquina de hacer leyes y decidir el presupuesto, pero no la capacidad para cambiar la constitución.

Por el respaldo que obtuvo y por el proyecto que enarbolaba, era claro que no podía ser un simple cambio de gobierno, la trasmisión del poder de un partido viejo a un partido nuevo. La elección del verano del 2018 alteró la brújula de la política, modificó sustancialmente el mecanismo del poder, alteró la imagen misma de lo social. Más que una tercera alternancia, puede verse en aquella jornada el despunte de una segunda transición. Su punto de apoyo fue la denuncia de la deriva oligárquica de la primera. Esa segunda transición no se levantó en una propuesta reformista sino en muchos sentidos, revolucionaria, fundacional: romper el pasado, reinventar la

política, constituir otra democracia, la verdadera.

*

¿Quién era el ganador de la elección presidencial? Andrés Manuel López Obrador, el antiguo alcalde de la capital del país que había competido en dos elecciones presidenciales, no se hizo en la política de las camarillas ni en la de los linajes. No ascendió presumiendo diplomas ni apostando a las recompensas de la disciplina burocrática. Un político que se hizo, literalmente, sobre la marcha. Seguramente es el hombre que ha cubierto más kilómetros del territorio mexicano. Para crear su partido podía viajar horas para reunirse, en un poblado remotísimo, con una decena de simpatizantes. Se curtió con tosquedad en la batalla política, ahí donde se quiebran los límites de lo posible, ahí donde se cuestiona lo aceptable, donde se desafía lo legal.⁴

Su singularidad biográfica es relevante. En el horizonte mexicano supone la aparición de un liderazgo distinto, al mismo tiempo auténtico e indómito, profundo y desbocado. Puede decirse que es el primer líder social que ocupa la presidencia de México. Se trata de un hombre terco y audaz, un hombre más de instinto que de cálculo, con una extraordinaria capacidad comunicativa. En esa excentricidad puede arraigar la intensidad de la devoción de unos y el temor de otros.

López Obrador ha sido capaz de nombrar al elefante que tenemos en frente. Es la sociedad de privilegios que pocos se atreven a reconocer. El fundador de MORENA apunta el dedo al orden oligárquico y no teme nombrarlo. Su discurso embona con el ánimo contemporáneo de México (y del mundo) porque refleja una sincera pasión antielitista. El dirigente ha registrado, como nadie el abismo de México. Su denuncia, obsesivamente empaquetada por la ideología, exhibe la captura del poder político, la desvergüenza de la corrupción, la atrocidad de nuestra guerra, la falta de oportunidades para millones. El retrato no es particularmente minucioso, pero es certero. Entiende que la desigualdad es el principio generador de México. Los remedios que propone, son otra cosa.

4. Muchos de los argumentos que se exponen aquí se desarrollan en mi libro *La casa de la contradicción*, México, Taurus, 2021.

López Obrador se ha hecho políticamente a sí mismo. Porque no tuvo padrinos ni compañeros ha cultivado la idolatría de sí mismo. Está convencido de que la solución para México es él. Soy un “rayo de esperanza”, dijo alguna vez. Para terminar con la corrupción basta su presencia. El halo de su pureza es suficiente. Si el presidente es honesto, todos serán honestos. Esa fe en sí mismo contrasta con la sospecha por todo lo demás. Las instituciones son juguetes de la mafia, las leyes suelen ser obstáculo de la justicia, la sociedad civil es la red de que defiende el privilegio, los medios son instrumentos de la reacción o del golpismo, la burocracia un estorbo. Sólo él y el pueblo que él encarna le merecen confianza.

La política es, para él, la constante construcción de enemigos. No es la plaza de las conciliaciones sino la condensación del conflicto. El complot es, para él, el auténtico orden del universo. El imán de la guerra, como bien lo entendía Carl Schmitt, representa una tarea doble: designar al otro y esculpir al nosotros. Definir la amenaza y concretar la cohesión. Al decretar la enemistad, al enlistar los agravios, al enfatizar la amenaza del contrario, López Obrador da sentido a su causa y cuerpo a una legión en combate.

Para López Obrador la política es voluntad y teatro. Para lograr el cambio, para refundar la nación, basta con desearlo y pintar los telones de una patria nueva. Por eso su política es escenografía y centralización. Durante su gobierno ha tratado de concentrar todas las riendas del poder y cuidar la coreografía de los símbolos. El principal símbolo es el desapego. López Obrador se vanagloria de su sencillez y la pavonea en cualquier oportunidad. Se trata de un franciscano que hace *streaming* de su modestia. Promotor inicialmente de la “austeridad republicana”, se ha convertido ahora en un predicador de la “pobreza franciscana” como eje de su política pública.

La megalomanía ha sido parte de su encanto. Su gobierno es partero de una nueva nacionalidad y él, el Cuarto Padre de la Patria. Primero apareció el cura Miguel Hidalgo, sonando las campanas de la independencia; luego vino el presidente liberal Benito Juárez, vencedor del imperio y fundador del Estado laico. El tercer padre fue Francisco I. Madero, quien dio la vida por el sueño de la democracia. Ahora ha llegado él para completar el mural con la fundación de una patria amorosa. No pretende ser un gestor. No pierde el tiempo en la discusión de las complejidades de la política públ-

ca. No le interesa siquiera ser considerado como un estadista porque para él la tarea que importa es la hechura de la nación. Ha dicho, en efecto, que no le atrae la idea de ser considerado como un hombre de Estado. Lo que le ilusiona es ser hombre de nación. La ambición es reveladora. Su proyecto no es la cimentación de un poder democrático, no es la arquitectura de instituciones perdurables, no es siquiera el efecto bienhechor de una política social distributiva. Su proyecto responde al narcisismo de quien se mira en el espejo como si admirara una leyenda.

*

Desde su entendimiento de la historia como un cuento de buenos contra malos se advierte que la sutileza intelectual es imposible. Para ubicarse en cualquier coyuntura basta la definición de la dicotomía esencial. Etiquetar es más importante que entender. Lo que recibe el marbete de “neoliberal” es irredimible. Lo que se describe como “transformador” está fuera de cualquier sospecha. Más que una reforma, incluso por encima de la ruptura revolucionaria López Obrador practica una especie de exorcismo. Exirpar los espíritus malignos de una era maldita.

La fuga al universo simbólico cobra víctima en la eficacia. Fascinada por la alegoría, la política se desentiende de la consecuencia. El populismo puede entender así, como una coartada de la irresponsabilidad. Si el deseo presidencial lo puede todo no tiene por qué perder el tiempo en cálculos de presupuestos, fastidios administrativos, restricciones legales, vericuetos lógicos. Reducida a gesto, la política suele producir lo contrario a lo que desea. El ahorro termina siendo dispendioso; la ruptura resulta simulacro, la inclusión una farsa.

López Obrador ha sido el primer politólogo en ocupar la presidencia de México. Sus estudios universitarios no lo han llevado a concluir que los temas constitucionales, los enredos de la política pública, los vericuetos de la negociación son asuntos complejos. Por el contrario, está convencido de que gobernar es fácil. La política no tiene ciencia, dijo en algún momento. Basta un buen corazón.

*

● El teatro de la polarización

El régimen lopezobradorista practica activamente la política de la polarización. Animar la enemistad es el combustible esencial de un gobierno que apenas administra. Más que analizar la política pública más conveniente, repetir el relato de una epopeya. La base de esta confrontación del Pueblo contra el Antipueblo puede encontrarse en Rousseau y ubicar su impulso contemporáneo en la concepción de lo político de Carl Schmitt. El populismo hace uso de esa ilusión orgánica de El Pueblo para pintar la política como ese lugar donde solo existen dos polos. El principal postulado del populismo, dice Jan Werner Müller, es que “solo algunos son realmente el pueblo.” Hay, pues, un pueblo verdadero y un pueblo falso. Un pueblo profundo y un pueblo superficial. Para el lopezobradorismo es esencial apuntar constantemente al enemigo que se opone a la voluntad popular y describirlo como un bloque compacto, minoritario y poderoso. No se trata de cualquier confrontación, insiste Müller. “El populismo es una peculiar imaginación moralista de la política, una forma de percibir el mundo político que sitúa a un pueblo moralmente puro y totalmente unido (...) en contra de las élites consideradas corruptas o moralmente inferiores de alguna y otra forma.”⁵

Esta marca del populismo obliga a exacerbar la dimensión simbólica de la política y a diluir su sentido práctico. La cátedra de historia convierte al régimen en heredero natural y único de todas las vertientes dignas del pasado y a los opositores en reencarnaciones de la perversidad a lo largo de los siglos. Mientras los críticos son herederos de la traición, el gobierno vivifica los valores de la independencia, el liberalismo, la democracia y la justicia.

El presidente López Obrador se ha hecho de un extraordinario instrumento: todas las mañanas, tiene un encuentro con la prensa. Dirige un mensaje, da voz a sus colaboradores, responde a las preguntas de la prensa. Imposible que un Jefe de Estado sostenga una conferencia de prensa todos los días, se dijo cuando inauguró la práctica. Resultó todo lo contrario. “La mañana” es sí, sin duda, la base de su popularidad y, en buena medida, el núcleo de su gobierno. Ese encuentro cotidiano con la prensa y con la nación no

5. Jan Werner Müller, *¿Qué es el populismo?*, México, Grano de Sal, 2017.

es solamente un acto de comunicación sino una forma de ejercer el poder en público. Ahí se comentan las noticias del día, se anuncian decisiones, se instruye a los colaboradores, se envian mensajes a gobiernos extranjeros, se rechazan estrategias de sus subalternos. Sobre todo, se atiza el conflicto. Todos los días se habla contra alguien: contra un periodista, contra un empresario, contra medio de comunicación, contra una organismo no gubernamental, contra organizaciones de la sociedad civil, contra la ideología neoliberal, contra el pasado.

No hay más que dos colores para los anteojos de la polarización. La sociedad civil es, por ello, una categoría fastidiosa. En el nuevo lenguaje oficial es indispensable ponerla bajo sospecha. La “llamada sociedad civil”, se dice. En las comillas hay desprecio. Lo que existe es el Pueblo. La “sociedad civil” es vista como guiñol de los potentados porque no se reconoce la capacidad de las asociaciones voluntarias para vincularse en la defensa de sus intereses o en la promoción de sus valores. Toda organización ambientalista, toda agrupación que defiende los derechos humanos, las colectivas feministas, son instrumentos que la derecha manipula en contra de la Transformación.

● El retorno del hiperpresidencialismo

El autoritarismo hegémónico del PRI tuvo como base el hipresidencialismo. El presidente de la república era, no solamente jefe de estado y de gobierno con facultades constitucionales, sino también jefe del partido dominante. A través de ese liderazgo, el Ejecutivo podía controlar el Congreso, el poder judicial, los gobiernos locales, las empresas públicas y, desde luego, era capaz de definir a su sucesor. “Presidencia imperial”, la llamó Enrique Krauze.⁶ La transición significó, en buena medida el fortalecimiento de los contrapoderes. Desde 1997, el Congreso no fue el sello de la voluntad presidencial y funcionó, con frecuencia, como muro. Proliferaron también instituciones autónomas que salieron del control del Ejecutivo. El poder judicial, que

6. Enrique Krauze, *La presidencia imperial. De Manuel Ávila Camacho a Carlos Salinas de Gortari*, México, Tusquets, 2013.

vivió una reforma sustancial en 1995, asumió funciones que le permitieron revisar la constitucionalidad de las intervenciones presidenciales. Los gobiernos locales, antes sometidos a la federación, cobraron independencia. El ejecutivo se convirtió en un poder entre poderes.

La elección del 28 dio fundamento electoral al nuevo presidencialismo. Se reconfiguró una sólida coalición gobernante que daba respaldo al presidente López Obrador. En ese sentido, la represidencialización tiene un sentido democrático. Sin embargo, desde la presidencia se busca concentrar aún más el poder a partir del debilitamiento de las alternativas. En su estudio sobre el proceso de autocratización en México, José Antonio Aguilar Rivera registra el debilitamiento sistemático de los contrapesos al poder ejecutivo. “Esto involucra una serie de cambios institucionales con el objetivo de limitar la capacidad de los ciudadanos organizados para desafiar la voluntad del gobierno.”⁷ Esto puede ser a través de cambios legales, recortes presupuestales, intimidaciones. Es constante la agresión presidencial a los jueces que dictan sentencias contrarias a los proyectos gubernamentales; a los medios que publican notas críticas, a los periodistas que cuestionan o denuncian, a los organismos de la sociedad civil que se separan del relato oficial. El presidente de esa manera ha logrado controlar la máquina de hacer leyes, pero no la máquina de cambiar la constitución. Tras la elección de junio del 2021, MORENA controla 16 de los 32 entidades de la república, el 45% de la población y casi el 50% del PIB nacional. Esos gobiernos sintonizan automáticamente con la línea presidencial. Sobre los gobiernos de otros partidos, el presidente ejerce un dominio igualmente notable. Con una estrategia de palo y zanahoria amenaaza a los gobiernos independientes, al tiempo que ofrece apoyo a la lealtad.

La Suprema Corte de Justicia de la Nación tiene a su cabeza a un hombre que ha declarado que tiene “grandes coincidencias ideológicas” con el presidente López Obrador. Tras las elecciones del 2018 publicó un artículo en la prensa en la que sugería que el máximo tribunal de la república, escuchara el “mensaje de la urnas” y en consecuencia, empalmara sus resoluciones con las políticas de la nueva administración. Por la renuncia de uno de los

7. José Antonio Aguilar Rivera, “Dinámicas de la autocratización: México 2021,” *Revista de Ciencia Política*, Volumen 42, no. 2, 2022

ministros de la Corte, al presidente le ha correspondido nombrar a cuatro de once ministros. La relación entre el tribunal y la presidencia de la república ha sido ríspida. Mientras López Obrador declara con frecuencia su respeto por el presidente de la Corte, expresa su molestia con la conducta y la trayectoria de los otros jueces que integran el tribunal.

Sería exagerado decir que la Suprema Corte se ha entregado totalmente al presidente. Hay, desde luego, muestras de subordinación. El tribunal ha pospuesto el análisis de asuntos controversiales que tocan el corazón del proyecto presidencial. Declaró válida la convocatoria de la consulta popular solicitada por el presidente para juzgar a los expresidentes de la república. Pero también hay resoluciones que lo han contrariado abiertamente. Algunas disposiciones de la Ley de Remuneraciones fue invalidada en mayo del 2019. Se rechazó por unanimidad la extensión del mandato del gobernador de Baja California. Se declaró inconstitucional la reforma que extendía la prisión preventiva oficiosa a nuevos delitos. También por unanimidad se declaró inválido el artículo que prorrogaba el periodo del presidente de la Corte.⁸ A pesar de las intimidaciones y las presiones, puede decirse que la autonomía judicial resiste.

● La desintegración del sistema de partidos

La elección del 2018 destruyó el sistema de partidos que había sustuido el arreglo hegemónico del autoritarismo. Desde 1988 el país tuvo un régimen competitivo con tres partidos con ambiciones presidenciales. El partido de la Revolución Democrática, un partido de centro izquierda; el Partido Acción Nacional, un partido de centro derecha; y, en medio, el PRI, un de extrema indefinición. MORENA, el partido que ganó las elecciones presidenciales en su primer intento se resiste a serlo. No usa la pe sino la eme en su nombre: movimiento. MORENA pretende ser las dos cosas, movimiento y partido, pero no resulta claro que pueda compaginarse la efervescencia del movimiento con la organicidad de un partido. Es cierto que en mu-

8. Juan Manuel Ureiro Cuet, "Es cierto que el presidente López Obrador controla a la Suprema Corte? Blog, *El juego de la corte*. <https://eljuegodelacorte.nexos.com.mx/es-cierto-que-el-presidente-lopez-obrador-controla-a-la-suprema-corte/>

chas partes del mundo los partidos esconden su naturaleza. Avergonzados de su carácter, se llaman foro, asamblea; adoptan un lema como nombre. Pero la aversión de MORENA a ser plenamente partido va más allá de las mecadotecnia. En la pasta misma del lopezobradorismo hay una antipatía por esa política que se canaliza regularmente en procedimientos, que fija reglas firmes, que abre espacios de diálogo. Instrumento al servicio de un caudillo, ha subordinado a la lealtad los procedimientos, reglas y debates.

A pesar de su éxito electoral, a pesar de ser inequívocamente, la organización política más popular en el escenario mexicano, Morena no se ha constituido como un partido. Un partido es una institución porque no solamente ofrece candidaturas a la ciudadanía. Es institución porque define reglas para sus militantes de tal modo que la competencia por el poder camina por rutas confiables y predecibles. Es cierto que es un partido joven, que apenas hace unos años era el sueño de unos cuantos disidentes de la izquierda y que, de pronto, se convirtió en una maquinaria política portentosa. En ello hay un trabajo innegable a pie de calle y a pie de campo. Mientras otros imaginaban que la nueva política podía desprenderse del contacto directo, los fundadores de Morena recorrieron el país. Así cambiaron el mapa del poder en México. Morena es un gigante sin esqueleto. Ahí está la contrahechura esencial de Morena. Una formación enorme y salvaje.

En el campo de la oposición hay un desierto. La elección del 18 dejó a los partidos tradicionales hechos trizas. No solamente les arrebató gobiernos locales, asientos en los congresos, los dejó en la más profunda confusión. No han sido capaces de comprender las razones de su derrota y el fundamento de popularidad del nuevo partido. Es así que parecen incapaces de presentar un relato alternativo. En efecto, no se ve por ninguna parte esa opción que haga sombra al gobierno, que siga con atención sus pasos para hacer públicos sus tropiezos, que le dispute al gobierno el monopolio del relato público. No hay oposición que vigile, que explique, que cuestione, que destape y que critique. No se escucha la voz de las oposiciones y, si aparece de pronto, resulta irrelevante. Las minorías siguen, al parecer, lamiéndose las heridas del 2018. Las oposiciones saben bien que los votos no solamente les quitaron poder. La derrota de julio no fue una derrota

ordinaria. El castigo sumió a los partidos tradicionales en la más profunda crisis de identidad de su historia. Se trata de una crisis de sobrevivencia. Los interrogantes para el triángulo de la transición son complejos: ¿cómo reinventarse en el nuevo régimen? ¿Cómo lidiar con un liderazgo tan potente y tan disruptivo como el de López Obrador? ¿Qué hacer con el pasado propio? ¿Cómo encarar el magnetismo de la nueva hegemonía? ¿Hay espacio para la reforma o es necesario disolverse para inventar algo nuevo?

Debemos detenernos en la pretensión hegemónica de MORENA. Morena no quiere ser un partido más. No le basta ser un partido que gane elecciones. Pretende ser el vehículo político del país auténtico. Morena y sus aliados son el nuevo pulpo, el imán de una hegemonía en formación. López Obrador no ha pretendido recuperar el proyecto perdido del PRD. No ha tratado de rescatarlo del extravío. Si la melancolía es parte fundamental de este proyecto es precisamente por el anhelo de reconstituir un bloque nacionalista enfrentando adversarios sin legitimidad.

El único punto de unión de MORENA es, por supuesto, López Obrador. Esa es una novedad histórica. La historia de los partidos políticos mexicanos no es, como en otras partes de América Latina, la historia de partidos personalistas. Los partidos mexicanos no lo han sido. No lo fue, ni el PRI, con toda su disciplina y con el enorme poder que concedía al Presidente. Ese salto institucional se da pronto cuando el presidencialismo somete definitivamente al caudillismo.

Lo cierto es que el viejo sistema de partidos está en crisis. Frente a la ambición hegemónica de MORENA, oposiciones sin rumbo. Y sin embargo, las oposiciones resisten. En las elecciones intermedias del 2021 arrojaron un resultado mixto. MORENA logró una mejor implantación territorial. De las quince gubernaturas que estaban en disputa, el oficialismo se llevó once. En la Cámara de Diputados, la coalición presidencial retuvo la mayoría absoluta de los votos con 281 asientos, pero perdió la mayoría calificada de 2/3 que le permitiría reformar la constitución sin el apoyo de otros partidos políticos. En la capital de la república, que ha sido desde 1997 núcleo de la izquierda, MORENA recibió un duro golpe electoral. De las once alcaldías que gobernaba, el partido del presidente perdió cuatro, de tal manera que la mayoría de esas demarcaciones está bajo el control de la oposición a MORENA.

La presencia de las oposiciones en el Congreso Federal es suficiente para limitar el impacto de la aplanadora morenista al ámbito de la legislación secundaria. MORENA no puede cambiar la constitución si no es capaz de persuadir a las oposiciones. No puede, en consecuencia, desmontar las bases constitucionales del pluralismo. Ha tenido ya un éxito relevante la oposición que intenta coordinar una estrategia parlamentaria. Fue capaz de detener una reforma constitucional del sector eléctrico.

El gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha trazado el boceto de una reforma política. Una relevante novedad procedural resalta. A diferencia de todos los esfuerzos reformistas de la historia reciente del país, esta propuesta no surge de una negociación entre partidos, sino de la voluntad del ejecutivo. No incopora las exigencias de la oposición, sino la voluntad presidencial. En la propuesta se dibuja una diana sobre el Instituto Nacional Electoral. Si el INE (antes IFE) es, para López Obrador, cómplice del fraude que le arrebató la presidencia en 2006, lo que se busca es eliminarlo. La idea es que la ciudadanía vote directamente por los consejeros que habrían de presidir el máximo órgano electoral. La presidencia, el Congreso y la Corte presentarían candidatos y el electorado decidiría. Las credenciales populistas de la propuesta son impecables. La imparcialidad es una farsa: toda institución ha de mimetizarse a la voluntad mayoritaria.

Pocas posibilidades de éxito tiene la propuesta en la medida en que las oposiciones se mantengan unidas en su rechazo a las reformas constitucionales del régimen.

● La erosión institucional

Fiel a su libreto, para el gobierno de López Obrador no hay espacio para los órganos autónomos que se han ido levantando a lo largo de los últimos años en México y que han rehecho el marco del régimen constitucional. La idea que sustenta a estas entidades de Estado es que ciertas cápsulas de racionalidad técnica pueden escapar del cálculo de las mayoralías y cuidar de ese modo los derechos, la competencia, la política monetaria, la transparencia. Así surgieron a finales de los años ochenta las comisiones de de-

rechos humanos para atender la crisis de derechos humanos que no podía caminar la ruta ordinaria de los tribunales, ni podía encargarse a órganos dependientes de la autoridad ejecutiva. La organización de las elecciones se encargó a un instituto independiente para dar una confianza que no podría garantizar ningún gobierno. Surgió también un instituto de acceso a la información pública para garantizar la transparencia a la que se resisten todos los órganos del poder. La competencia económica, las telecomunicaciones tuvieron también un órgano técnico y especializado.

Se trata, sin duda, de herejías para la convicción populista: escondites de tecnócratas que dan la espalda a la voluntad mayoritaria; incomprensibles argumentos técnicos que escapan de la dicotomía de la polarización, burocracias perpetuas que brincan el calendario electoral. El gobierno de Andrés Manuel López Obrador las ha demonizado porque contradicen su noción democrática y ha emprendido una lucha en su contra. Varias han sido las rutas de su estrategia. Se les ha tratado de asfixiar presupuestalmente. Reducir brutalmente sus asignaciones para que no tengan más remedio que reducir sus actividades a lo esencial. Se les hostiga cotidianamente desde el púlpito presidencia y se les describe como entidades al servicio de la oligarquía. El desprecio a estas instituciones ha sido tal que se han dejado vacíos sus asientos, cuando alguno de los ocupantes ha terminado su periodo. De ese modo, un consejo tiene dificultades para formar quórum y darle legalidad a sus resoluciones. La convicción de la que parte esta política destructiva es la creencia de que todos los órganos del poder público han de entrar en sintonía con la voluntad mayoritaria. Si nosotros ganamos las elecciones, el pastel es todo nuestro. Todos los que levanten un pero a la voluntad del supremo, son un obstáculo que ha de ser removido. No hay razón legítima contra nuestra mayoría. Todo ha de someterse a una sola voluntad.

Para el presidente, los órganos autónomos deben ser eliminados. Son caros, carecen de legitimidad, son instituciones al servicio de los intereses creados que defienden la ideología neoliberal. A su juicio, las funciones que desempeñan pueden ser cubiertas con facilidad por la administración pública. Así se trazó el propósito de reformar la administración pública con objeto de incorporar, a cada una de estas unidades a los cuerpos del gobierno federal.

Es significativo que el propósito de eliminarlas se haya frustrado. El presidente reconoció que, a pesar de estar en contra de su sobrevivencia, no tenía el músculo legislativo para desaparecerlas. Las instituciones del pluralismo constitucional se erosionan, pero, a fin de cuentas, sobreviven.

● La violencia y la estrategia de seguridad

No hay duda de que uno de los retos más serios del gobierno de López Obrador es la inseguridad. Si México avanzó políticamente en los últimos lustros para hacerse un país más democrático también retrocedió en términos que podríamos llamar *civilizatorios*. México es hoy un país más democrático de lo que era hace treinta años y también un país más brutal. Por eso puede decirse que los dos procesos clave del siglo XXI para México han sido el pluralismo y la barbarie. Fuimos testigos del fin de la hegemonía de un partido y el desbocamiento del crimen.

No es obvia la conexión entre democratización y criminalidad. Vale advertir que el disparo de la violencia en México no se debe a una sola decisión catastrófica. Se trata de un largo y complejo proceso que incubó precisamente en el modo en que construimos democracia. Quien quiera entender nuestra barbarie debe remontarse al viejo régimen que estableció vínculos con el crimen. Ese ecosistema criminal se mantuvo estable durante las largas décadas del autoritarismo. El elemento que alteró el equilibrio fue la competencia electoral. Lo muestra un estudio valiosísimo de Guillermo Trejo y Sandra Ley sobre la lógica política que hay bajo nuestras guerras.⁹

El pluralismo alteró radicalmente la relación entre el crimen organizado y los “especialistas en la violencia estatal.” La incertidumbre democrática que apareció con las elecciones competitivas trastocó los términos de la interacción entre el Estado y la delincuencia. La determinación de Felipe Calderón de confrontar al crimen organizado no inició la crisis, pero sin duda, la magnificó de manera monstruosa. Como bien lo ven Trejo y Ley, la transición democrática de México se detuvo en la dimensión electoral y no

9. Me refiero al libro *Votes, Drugs and Violence. The Political Logic of Criminal Wars in Mexico*, Cambridge University Press, 2020.

se hizo cargo de las herencias del régimen. Se tragó con ello una ilegalidad que hizo metástasis en el pluralismo. Los criminales formaron milicias, las elecciones pusieron en venta a los protectores, el negocio empezó a ser el control del territorio y no el simple paso de hierbas prohibidas. Se han ido formando así, a lo largo del territorio, circuitos de gobierno criminal. El libro de Trejo y Ley nos hace ver esta tragedia. La portada del libro captura una escena común en el México de nuestro tiempo: la estampa de un crimen tiene como escenografía la competencia entre partidos. Un coche chamuscado en medio de una avenida de Ciudad Juárez y las enormes fotografías de candidatos que sonríen. En la imagen, cintas de policía y emblemas de partido. Ahí está, en una cápsula, el argumento: nuestro camino a la democracia nos condujo a la barbarie. El otro fruto de la transición fue la violencia.

Como opositor, Andrés Manuel López Obrador fue muy crítico de la “guerra contra el crimen organizado.” A su juicio, era una decisión que buscaba la legitimación de una presidencia espuria que tendría como efecto la multiplicación del crimen y de la violencia. Como candidato a la presidencia, Andrés Manuel López Obrador denunció la participación del ejército en asuntos de seguridad pública. Insistentemente planteaba que los soldados debían regresar a sus cuarteles. Denunció los abusos del ejército y los efectos ruinosos de su participación en la guerra. Ahí ha estado uno de las grandes sorpresas del gobierno que ha dado un giro militarista que nadie habría previsto. Los soldados no han regresado a sus campamentos. Están cada día más presentes en la vida pública del país. Bajo el gobierno de López Obrador, los militares no solamente han visto reforzada su labor en asuntos de seguridad pública. También se han ocupado de muchas tareas que corresponden a la administración pública. Fernando Escalante, sociólogo de El Colegio de México, considera que se está cerrando el paréntesis civilista que se abrió al finalizar la Revolución Mexicana.

Tan visible es el deprecio por los cuadros técnicos de la administración como lo es la idealización de los uniformados. El ejército es pintado como una expresión del pueblo auténtico y profundo, un cuerpo incorruptible, disciplinado y eficiente. El ejército no ha sido llamado solamente a cubrir el vacío de las fuerzas policiales. También ha sido convocado para

encargarse de aduanas y puertos, de levantar las obras emblemáticas del gobierno.

“El ejército es el pueblo uniformado”, dice insistentemente Andrés Manuel López Obrador. Lo dice como si la frase pudiera despejar cualquier temor de los efectos que pudiera tener en la vida de la república este ascenso de las fuerzas armadas a una posición que no habían tenido desde tiempos revolucionarios. La presencia de las fuerzas armadas en la política mexicana es una de las transformaciones más profundas y preocupantes de estos últimos cuatro años. El Centro de Investigación y Docencia Económicas, (CIDE) y otras organizaciones han formado un valioso “Inventario Nacional de lo Militarizado.”¹⁰ Un registro detallado de las funciones de carácter civil que se han asignado a las Fuerzas Armadas y a la Guardia Nacional. El recuento es sobrecogedor. Funciones de la Secretaría del Medio Ambiente, de la Secretaría del Bienestar, de la Comisión Nacional Forestal, de la Secretaría de Comunicaciones, del Banco del Bienestar, del CONACYT, (el consejo de ciencias del gobierno federal) se han desplazado a las fuerzas armadas. Las obras públicas más importantes se han entregado al ejército: el aeropuerto Felipe Ángeles, el Tren Maya, las sucursales del banco del bienestar, los cuarteles de la Guardia Nacional.

“Las fuerzas armadas, ha sostenido Escalante, van a ser uno de los factores del nuevo régimen.”¹¹ La apuesta militarista amenaza el orden civil, golpea a la administración, expande las posibilidades de la corrupción, multiplica los espacios para la intimidación y el abuso. Augura tensiones al interior de las corporaciones militares y entre el poder civil y el poder militar. Pocos procesos tan alarmantes en estos tiempos como la regresión militarista. Se insiste en asignarle funciones de seguridad pública al ejército, a pesar de que la evidencia de estos años sangrientos deja en claro que es precisamente esa intervención lo que ha provocado mayor violencia. “la tasa de homicidios, dice Escalante, aumentó escandalosamente no antes, sino después de *la intervención del Ejército* en los lugares en los que había estado o estaba.”¹²

10. El inventario puede consultarse en: <https://ppdata.politicadedrogas.org/#ppd.inm>

11. Fernando Escalante, “No es el pueblo,” *Nexos*, enero de 2021.

12. Fernando Escalante, “En la violencia. 2008-2022. *Nexos*, agosto 2022.

La primera apuesta gubernamental ha sido el Ejército. Continuar la militarización de la estrategia de seguridad pública. Constituir la guardia nacional, primero bajo un mando civil y poco después con mando militar. Aun con prohibición expresa en la Constitución, el congreso decidió subordinar a la guardia nacional a la Secretaría de la Defensa Nacional. La segunda apuesta ha sido la confianza en que la desaparición de la pobreza terminará con las causas que provocan la violencia. “Abrazos, no balazos,” es la frase que sintetiza la ilusión. Para pacificar, predicar.

● La ley y el Estado

El grito del candidato López Obrador tras las elecciones del 2006 en la que perdió por un margen mínimo fue “al diablo con sus instituciones.” Subrayo la palabra “sus” porque es la palabra clave de la frase. En efecto, quien entonces era el candidato del Partido de la Revolución Democrática veía a las instituciones como máquinas al servicio de la oligarquía. No un patrimonio común, la propiedad de unos contra otros. Esa es la patrimonialización de las instituciones que caracteriza al populismo contemporáneo. Las instituciones, la ley, el Estado mismo es instrumento de unos contra otros, no el patrimonio común. José Ramón Cossío, ministro en retiro de la Suprema Corte de Justicia encuentra el núcleo de la concepción jurídica del presidente: “Para López Obrador el derecho no es un cuerpo de normas que constríña sus acciones sino una herramienta para llevar a cabo sus decisiones.”¹³

No se encuentra en el proyecto lopezobradorista la ambición de fortalecer al Estado. Aunque el presidente se lance cotidianamente en contra de los horrores del neoliberalismo, se encuentra, en buena medida, atrapado por la sospecha original de su enemigo. El Estado le parece una máquina fría y distante. Un inmoral concentrado de violencia, cuya actuación es irremediablemente represiva. Un aparato encadenado a procedimientos enredadísimos que entorpecen su actuación; un artefacto sometido a formalismos que retrasan cualquier intervención eficaz y que absorben los recursos que

13. “López Obrador y el derecho,” *Letras libres*, marzo de 2019

deberían destinarse a otras causas. Como los neoliberales a los que tanto detesta, López Obrador sigue imaginando al Estado como un obstáculo y a los burócratas como malhechores. De esa persuasión viene el más furioso recorte burocrático en la historia reciente del país. Con furia thatcheriana, el gobierno emprende la purga de una burocracia que considera mimada y superflua. No se trata, pues, de crear instituciones, de formalizar programas, de supervisar, de estructurar servicios públicos estables sino de becar. Esa es la filosofía friedmaniana del gobierno: subvenciones directas que eximan al Estado de cualquier responsabilidad de gestión y de vigilancia. Se trata de establecer “apoyos directos” para evadir las perversas intermediaciones burocráticas.

Fiscalmente reaganiano, el gobierno prefiere la amputación administrativa antes que la reforma. Para financiar los programas sociales y la ambiciosa obra pública, el gobierno opta por estrangularse antes que considerar un cambio en los impuestos. Este desprecio a la administración es consecuencia del voluntarismo. El deseo presidencial no tiene por qué detenerse ante los peros de los comités, las reglas, los procesos. De ahí que el antiestatismo del día esté más cerca del pensamiento mágico que de las prácticas del Estado planificador. Pedirle permiso a la madre tierra es más importante que concluir un miserable estudio de impacto ambiental. Antiestatismo que no es economicista sino moralino. No se basa en las supuestas bondades del mercado, sino en la superioridad de una voluntad intachable, la del presidente.

Roger Bartra, el antropólogo que descubrió las “redes imaginarias” del autoritarismo mexicano identifica dos cuerdas centrales en el proyecto lopezobradorista. La primera es lo que llama *retropopulismo*.¹⁴ El horizonte del lopezobradorismo es el pasado pre-neoliberal. Antes de la usurpación tecnocrática, el país era auténtico, florecían los valores tradicionales, se ejercía la soberanía, se cuidaba el patrimonio público. La segunda cuerda es “el estilo irracional de gobernar.” López Obrador actúa guiado por un olfato caprichoso. A la fuerza electoral del lopezobradorismo le corresponde una nulidad intelectual.

*

14. *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*, México, Debate, 2021.

De acuerdo con *The Economist* México debe considerarse ya como un “régimen híbrido.”¹⁵ El estudio, como muchos otros recuentos políticos de los años recientes, da cuenta de los retrocesos democráticos en el mundo. Menos de la mitad de la población mundial vive en un régimen democrático. A juicio de la unidad de inteligencia del semanario inglés que toma en cuenta 60 indicadores de desarrollo político, México ha bajado de categoría. De ser una democracia defectuosa pasa a ser un régimen híbrido, un sistema que se encuentra entre la democracia y el autoritarismo. El reporte toma en consideración la concentración de poder en el Ejecutivo, la hostilidad a las oposiciones y órganos autónomos, la intolerancia con los críticos.

La incertidumbre es la marca de la política mexicana de hoy. El gobierno de López Obrador ha empezado ya su último tercio. Entra a la fase declinante de sexenio con un respaldo personal considerable. Las encuestas que se han publicado recientemente dan cuenta de que conserva el apoyo de la mayoría. Oráculus, una agregadora de encuestas, registra una aprobación de 62% al presidente López Obrador y una desaprobación de 34 puntos. Sin embargo, el juicio sobre el desempeño del presidente es muy distinto. No se le ve como un presidente que haya sido capaz de detener la violencia, ni que su estrategia económica sea exitosa. Morena es, claramente el partido con mayores posibilidades de conservar la presidencia en el 2024. Sus principales candidatos, la alcaldesa de la Ciudad de México, Claudia Sheinbaum o el Secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, tienen una ventaja muy considerable sobre las figuras que se mencionan como candidatos de los partidos de oposición. Si la oposición tiene un reto de unidad muy serio y parece que se ha desmoronado ya la coalición de los partidos tradicionales para enfrentar al oficialismo, éste también encara retos importantes. El líder de los senadores de MORENA en el Senado empieza a tomar distancia del liderazgo de su partido y busca ganar la candidatura presidencial sin la bendición del fundador.

La política mexicana está, pues, muy abierta a muchas incertidumbres. La primera de ella es la incertidumbre de los contendientes. No es claro cuáles serán las cartas en la boleta presidencial del 24. La falta de solidez interna

15. El “Democracy Index 2021” puede consultarse aquí: <https://www.eiu.com/n/democracy-index-2021-less-than-half-the-world-lives-in-a-democracy/>

de los partidos, la precariedad de sus alianzas recientes pone en duda quiénes serán los agentes de la competencia federal. Hay también una incertidumbre saludablemente democrática sobre el veredicto electoral de la ciudadanía. Pero hay por último, una incertidumbre antidemocrática. Me refiero a la incógnita de la respuesta presidencial ante los resultados de la elección si estos llegaran a ser desfavorables. Como he expuesto aquí, la victoria del 2018 no acercó a López Obrador al régimen institucional. Ha mantenido una actitud de semilealtad institucional, minando la legitimidad de aquellas entidades que contradicen su proyecto político. En su larga carrera, no ha habido una ocasión en que haya aceptado una derrota. La interrogante resume la fragilidad del orden democrático en México. Las resistencias sobreviven, pero encaran desafíos extraordinarios.

PLATAFORMA
DEMOCRÁTICA

FUNDAÇÃO FHC
CENTRO EDELSTEIN

PLATAFORMADEMOCRATICA.ORG

